

vesó, la falta de buenos órganos de la administración, los duros sacrificios que exigía la política exterior, y quizás cierto *diletantismo* en la manera de resolver los más difíciles problemas administrativos y legislativos, pueden explicar perfectamente la diferencia que muchas veces existió entre las intenciones de la emperatriz y los resultados de sus

esfuerzos. Pero no son solo los resultados de la legislación positiva y de la actividad administrativa, los que merecen figurar entre los hechos históricos, también el espíritu que informa los trabajos, la dirección en que estos se mueven, la buena voluntad que revelan los actos del gobierno tienen derecho a ser respetados por la investigación histórica.

## LIBRO QUINTO

LOS ÚLTIMOS AÑOS.—PERSONALIDAD

### CAPÍTULO PRIMERO

CORRIENTES REACCIONARIAS

La Revolución francesa.—Juicio crítico de Catalina respecto de Francia.—Relaciones con los realistas.—Medidas de policía.—Diario de San Petersburgo.—Radicheff.—Nowikoff

La Revolución francesa

En el último período de la vida de la emperatriz inició una nueva era en la historia que constituía una verdadera disonancia respecto de las anteriores.

Catalina que, por sus principios, estaba en oposición con la revolución, no se contentó con hablar ni con escribir, sino que procedió activamente para dar la victoria al partido de los realistas y de los emigrados.

En la naturaleza misma de las cosas estaba que tal conducta no pudiera verse coronada por el éxito. El fracaso de la cruzada contra Francia que predicó y aun apoyó con algunos recursos la emperatriz, la llenó de disgusto y de indignación.

Catalina había llamado a Voltaire su maestro; y tiene un carácter algo trágico el hecho de que la discípula de la literatura culta francesa, de aquella literatura que tanto contribuyó a derribar el antiguo orden de cosas en Francia, desconociese tan por completo la importancia de la revolución, y no considerase más que la parte violenta, mostrándose en su juicio crítico sobre las personas y los partidos completamente tímida y parcial; y oscureciendo los últimos años de su vida con una lucha inconsiderada contra el liberalismo a cuyos principios anteriormente había rendido culto.

Mientras en tiempo de Catalina reinaba completa frialdad en las relaciones entre Rusia y el gobierno francés, la emperatriz seguía comunicándose activamente con los corifeos de la sociedad francesa. La situación del embajador francés en San Petersburgo era en extremo difícil, y la de los representantes rusos en Versalles no ofrecía mejor aspecto; pero bajo el punto de vista de la literatura culta, existía cierta afinidad intelectual entre Catalina y los más reputados escritores de Francia; de suerte que a pesar de haber sido incluida por los hombres de Estado franceses en el Índice de «Instrucción» de la emperatriz, a pesar de combatir aquellos a esta

en las cuestiones polaca y oriental, y a pesar de luchar en Suecia contra los intereses y la influencia de Rusia, existía cierta mancomunidad en el terreno de las ideas del progreso social y político.

En 1780 hubo cierta aproximación política entre Francia y Rusia. El fracaso de la «neutralidad armada» de Inglaterra satisfizo a los hombres de Estado franceses; y Francia creyó poder sacar provecho de Rusia en la lucha contra Inglaterra. Sin embargo, subsistía cierto antagonismo; y aun cuando la amistad existente entre Catalina y Diderot pudo ser beneficiosa para ambas partes, los esfuerzos del célebre publicista para prestar a su patria servicios diplomáticos en San Petersburgo no obtuvieron éxito alguno (1). La emperatriz odiaba a Sabathier de Cabres (2), el cual, a su vez, tenía formada muy mala opinión de Catalina; Durand, Corberon y Vércac desempeñaban, en la corte de Rusia, un papel secundario. En cambio, el conde Segur, muy amigo personalmente de la emperatriz, supo representar hábilmente los intereses de Francia en San Petersburgo. Luis XVI se portó con la emperatriz de muy distinta manera que su antecesor (3). Precisamente en la época en que, durante la permanencia de Segur en Rusia (desde 1785), las relaciones de la emperatriz con Francia habían llegado a adquirir cierta importancia, preparábase la crisis que había de cambiar por completo el modo de ser de la política.

La revolución americana había ya excitado la indignación de la emperatriz, que no podía participar del júbilo que en Francia había producido la emancipación de las colonias inglesas. Catalina decía que, en el puesto de Jorge III, nunca hubiera reconocido la independencia de la nueva República, ni hubiera podido consolarse de la pérdida de tan hermosas

(1) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XVII, 289-290.

(2) Véase la carta de la emperatriz a la señora Bjelke en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XIII, 302.

(3) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XVII, 413.

provincias (1). Y sin embargo, sentía no conocer al famoso héroe de la guerra de la Independencia, Lafayette, que en 1787 había sido por ella invitado a visitarla en Kieff y que no había podido hacer el viaje a causa de las sesiones de la Asamblea de notables. Franklin había querido ir en 1778 a Rusia; pero la emperatriz escribió a Grimm diciéndole que disuadiera a aquel anciano de emprender tan penoso viaje, añadiéndole que tal visita la hubiera halagado mucho más que la que le acababa de hacer Gustavo III (2). Sin embargo, tenía cierta prevención contra Franklin, y al ver el retrato del célebre republicano, exclamó: «No me gusta» (3). No era cosa tan fácil llevar a la práctica las ideas liberales del trono. Se necesitaba una gran despreocupación e imparcialidad para comprender que las ideas de los publicistas estaban íntimamente enlazadas con los sucesos acaecidos en América y en Francia. Todos los partidarios del despotismo ilustrado incurrieron en cierta inconsecuencia e hicieron una doble distinción entre la teoría y la práctica: entre ellos figuraban así el autor del «Antimaquiavelo» como José II, Gustavo III y Catalina II.

Aun cuando algunos pensadores consideraban inevitable y esperasen, por consiguiente, en un porvenir próximo un derrumbamiento del orden de cosas existente en Francia, las potencias en su vida oficial difícilmente podían mostrarse tan pesimistas. Las cortes no creían inminente una catástrofe tan violenta y tan repentina en su manifestación exterior. La Francia de Luis XVI desempeñaba todavía un papel importante en la política internacional, y gozaba en Europa de una consideración muy superior a los medios reales de fuerza de que disponía el Estado.

Poco a poco, cuando en el período de experimentos que duró quince años durante el reinado de Luis XVI, sobrevino una serie de fracasos; cuando ocurrieron las funestas vacilaciones entre las reformas liberales y los compromisos reaccionarios con el antiguo régimen, todo el mundo pudo convencerse de que aquel juego no podía tener buen fin.

Catalina seguía con atención e interés el curso de los sucesos en Francia: el conde Ivan Chernysheff le escribía en 1778 que entre la sociedad francesa reinaba gran excitación, sin que pudiera preverse cuándo acabaría, y que era de temer una explosión terrible, tanto más cuanto que cada día iba en aumento la incuria de la nación francesa. Catalina contestó que le gustaba muy poco la tranquilidad con que María Antonieta lo miraba todo y de todo se reía, añadiendo que en su lugar temería que alguno le dijera: «reírán bien quien ría el último» (4).

En sus conversaciones con Segur, burlábase Catalina del desorden que en la hacienda francesa reinaba y de las dilapidaciones de aquella corte (5). En su carta a Grimm, hablaba de la lucha que existía entre el gobierno y el Parlamento. Leyó con interés el trabajo de Necker sobre el comercio de granos y su *Compte rendu* ó informe, y manifestó la esperanza de que aquel hombre de talento conseguiría librar a Francia de la embarazosa situación económica en que se encontraba, añadiendo que, por experiencia propia, sabía que para ello se necesitaba mucho tiempo. Teniendo estas esperanzas en Necker no pudo menos Catalina de disgustarse en alto grado con la noticia de su caída ocurrida en 1781. Conservó las cartas y los libros que Necker le había enviado; pidió a Grimm que le proporcionase el retrato del célebre ministro de hacienda, y manifestó, en 1785, la espe-

ranza de que Luis XVI no le guardaría rencor alguno. Mas adelante, sin embargo, no quiso leer las cartas de Necker, y en 1790 llegó a emitir la opinión de que hubiera sido un gran bien para la Francia que aquel hacendista no hubiese intervenido para nada en sus asuntos. Poco tiempo después censuró su deslealtad y su vanidad; la indignación que contra él sentía se aumentó con los horrores de la revolución y en 1795 le llamó: «ese infame y necio de Necker» (*ce très-vilain et bête Necker*) y dijo que era hombre odioso, que se alegraba de que Grimm hubiera roto todas sus relaciones con él, y que Necker era un charlatan en quien aparecía siempre el yo en primer término (6).

La famosa historia del collar interesó vivamente a la emperatriz, la cual procuró proporcionarse los documentos del proceso del cardenal de Rohan (7), y censuró a la alta sociedad francesa por estar en relaciones con el charlatan Cagliostro de quien tanto se había burlado en 1781 durante su permanencia en Rusia (8).

En una conversación con Segur, Catalina alabó la convocación de la Asamblea de notables, diciendo que por esta senda podría conseguirse la nivelación de los gastos e ingresos, y Luis XVI llegar a ser tan popular como Enrique IV (9); pero hablando con su secretario particular de la misma Asamblea de notables, decía, no sin cierto orgullo ni tampoco con gran conocimiento de los verdaderos términos de comparación entre Francia y Rusia: «No a todos sale bien una misma empresa: nosotros sí que podríamos convocar una Asamblea de diputados» (10). También escribió a Grimm diciéndole que aquella convocación no produciría grandes resultados, que la idea era excelente, pero que había que estudiarla bien, como había hecho ella en la Asamblea de 1767 a 1768, en la cual no tuvo más mira que la del bienestar general, etc. (11). «Idos al diablo con vuestros notables», escribía poco después. Tampoco en un principio, esperaba gran cosa de Calonne, pero después se hizo partidaria suya. Lafayette le era simpático y le decía que si caía en desgracia de los reyes, ella utilizaría en Rusia sus servicios (12).

Cuando en París se habló de la convocación de los Estados generales, Catalina no sintió simpatía alguna por esta Asamblea y dijo, a principios de 1788, que el gobierno francés haría bien en comenzar una guerra para evitar el cumplimiento de la promesa de convocarla. La emperatriz era de parecer que la oposición del parlamento podía motivar en Francia graves desórdenes y aun promover una guerra civil (13). En sus cartas a Grimm se expresaba también con cierto temor respecto de los Estados generales, haciendo notar que en interés de la Europa debía desearse una Francia fuerte y tranquila en lo interior (14). Cuando Necker resolvió en sentido liberal la cuestión de la «duplicación del tercio», la emperatriz aprobó este paso, sin sospechar la trascendencia que tenía. En una conversación con Segur censuró la insolencia de la Asamblea, y manifestó sus temores de que el rey haría grandes sacrificios, sin conseguir calmar las pasiones por eso (15).

(6) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 10, 14, 66, 197, 215, 338, 448, 483, 509, 631, 637.

(7) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 362, 366.

(8) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 213. Chrapowitsky, 30 de abril de 1786.

(9) Segur, *Memorias*, III, 83.

(10) Chrapowitsky, 26 de abril de 1787.

(11) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 400-403.

(12) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 414, 415, 443, 466.

(13) Chrapowitsky, 18 y 25 de mayo de 1788 y 14 de enero de 1789.

(14) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 432.

(15) Segur, *Memorias*, III, 506.

(1) *Archivo ruso*, 1871, pág. 1, 323.

(2) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 83-84.

(3) Chrapowitsky, 6 de junio de 1782.

(4) *Ilustración de la Sociedad histórica*, II, 407.

(5) Segur, *Memorias*, II, 343.

La noticia de la toma de la Bastilla impresionó profundamente a Catalina. Mandó abrir y leer las cartas del embajador, y sabiendo por ellas que Segur se mostraba contento de la «caída del símbolo de la tiranía» y que en este sentido había escrito a Lafayette (1), exclamó indignada: «¿Cómo puede un ministro de un rey hablar en tales términos? ¿Qué diría José II si lo supiera?» Quejóse además amargamente de la debilidad del rey y dijo: «El rey es un maniquí; todos le gobiernan a su antojo, primero Breteuil, luego Condé y Artois y ahora Lafayette (2).» Cuando, al poco tiempo, Segur salió de Rusia, aconsejóle Catalina que no se expusiera a tan violentas tempestades: díjole que encontraría la Francia presa de una fiebre y en un estado de suma gravedad; que le vería con gran sentimiento adherirse a la «causa popular» y que ella era aristócrata, porque tal era su deber (3).

Después de los sucesos del 10 de agosto, decía Catalina: «Desde mi encumbramiento al trono, he creído constantemente que en Francia se llegaría a una gran fermentación, por no haberse sabido utilizar la opinión pública. Yo hubiera procurado atraerme al ambicioso Lafayette y convertirle en defensor mío.» A esto añadía que tales desórdenes eran imposibles en Rusia (4).

En setiembre de 1789, Catalina calificó de «verdadera anarquía» el estado de cosas en Francia existente y dijo: «Son capaces de ahorcar a su rey de un farol. Esto es horrible.» La suerte del rey la tenía muy alarmada y esperaba que Luis XVI saldría de París y se dirigiría a Metz para reunirse con la nobleza. Cuando aconteció la catástrofe del 5 y 6 de octubre, decía con soberano desprecio, que las «verduleras» que se llamaban entonces «las señoras del mercado» habían obligado al rey a trasladar su residencia a París y añadía en tono profético: «tendrá la misma suerte que Carlos I.» Profundamente conmovida, preguntó lo que Boileau y Luis XIV dirían de lo que en Francia acontecía: alabó la obra de Burke sobre la Revolución y observó que la causa de Luis XVI era la causa de todos los reyes (5). Cuando se abolieron los títulos, manifestó el temor de que el duque de Orleans fuese llamado a la regencia y quedara abolido el carácter hereditario del trono, en lo cual veía la debilitación de las fuerzas de Francia, recordando que los vecinos de Polonia, cuando quisieron influir en los asuntos polacos se agitaron contra la monarquía hereditaria.

La destrucción de los privilegios de la nobleza en el que llamaba «San Bartolomé de la propiedad» la impresionó profundamente y censuró con acritud a los individuos liberales de la aristocracia y del clero que habían asentido a medida tan radical. Catalina no podía comprender cómo se daban tan ilimitados poderes a una corporación tan numerosa y tan abigarrada como la Asamblea nacional (6), y se indignó cuando supo que Luis XVI no era ya rey de Francia sino «rey de los franceses», extrañando que se hubiese podido tocar a lo que desde tantos siglos existía (7). Cuando

(1) Véase mi trabajo sobre la llamada «perlustración» ó «el gabinete negro» en tiempo de Catalina, en el *Correo de la frontera*, 1.º de enero de 1870.

(2) Chrapowitsky, 29 de julio de 1789.

(3) Segur, *Memorias*, III, 531.

(4) Chrapowitsky, 10 de agosto de 1789.

(5) Carta a Zimmermann, en las *Cartas de Catalina*, publicadas por Smirdin, III, 413.

(6) «Nunca creeré en los grandes talentos de los zapateros para gobernar y legislar: haced escribir una sola carta a mil personas, dejad que discutan sobre cada palabra y ya vereis lo que sucederá.»

(7) «¿Desde cuándo la eferescencia, la precipitación, el desorden y los excesos de toda clase valen más que la prudencia, el orden y la regla?» *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 479, 481, 483.

Bailly esperaba recibir el retrato de la emperatriz, esta dijo que no quería enviárselo después de haber manifestado Bailly ideas tan liberales, pues un «desmonarquizador» no podía tener en su poder el retrato de «la emperatriz mas aristocrática de Europa.» Opinaba que la Asamblea nacional despedazaba toda la Francia y creía que aquella Asamblea acabaría por quemar todos los libros de los filósofos franceses, «pues todos ellos, decía, son contrarios a las abominables pendencias a que se entregan.» Añadía que los que contribuían a la ruina de Francia merecían la horca y que lo mejor sería ahorcar a algunos para hacer entrar en razón a los demás. En todas partes, proseguía diciendo, se procura dictar severas leyes que protejan a la sociedad contra ese «monton de alborotadores;» en Francia, por el contrario, se les confieren poderes legislativos. Comparaba a aquella canalla con el «marqués de Pugatscheff.» Si los principios que hoy predominan en Francia fuesen epidémicos en Europa, escribía en el verano de 1790, la conquista de esta parte del mundo sería sumamente fácil y tan segura como dos y dos son cuatro. Llamaba a la Asamblea nacional hidra de 1,200 cabezas y decía que el tono dominante en Francia era el de una taberna llena de borrachos, que formaba contraste con el de la época de Luis XIV. Observaba que los mejores escritores franceses eran realistas, incluso Voltaire, y habían predicado el orden y la tranquilidad; calificaba de absurda la supresión de la nobleza. ¿Cómo puede arrebatare, decía, a las familias la nobleza que han conquistado con su trabajo y con sus servicios? y añadía que con ella desaparecía la fama del país. Con orgullo observaba que en Rusia, a lo menos mientras ella viviera, nunca harían leyes los abogados y procuradores. No comprendía cómo Segur podía decir que no convenía juzgar previamente, por los sucesos que entonces ocurrían en Francia, de los resultados que podrían producir en lo porvenir, ni tampoco que los escritos de Burke, Calonne, etc., contra la Revolución no causarían impresión alguna. Temía que Francia descendiera del grado de cultura a que había llegado en tiempo de los césares y añadía, como si previera la aparición de Napoleón: «Pero César redujo a los galos! ¿Cuándo vendrá ese César? ¡Oh! él vendrá, no lo dudeis: ya se presentará.» A menudo decía lo que haría si estuviera en lugar de Bouillé ó de Artois y ejerciera mando en el ejército: amenazaba con escribir un libro en que demostrara la confusión que en Francia reinaba. La ley de responsabilidad ministerial la indignaba, opinando que con ella los ministros irían a parar, sin pensarlo, a galeras. No podía pasar por que Mirabeau fuese un gran hombre; en otras épocas, decía, hubiera sido despreciado, odiado, encarcelado, ahorcado y sometido al tormento: profetizaba que dentro de poco la Francia suspiraría por la antigua monarquía, por la vida cortesana, y decía, en lo que a ella tocaba, «que por deber y por su cargo era realista.»

Repetidas veces hablaba Catalina de las simpatías que le inspiraba María Antonieta y de sus deseos de prestarle su apoyo (8). No puede decirse la excitación de que se encontró poseída cuando supo que Luis XVI había huido de París; pero la alegría que tal noticia produjo en ella fué de corta duración, pues en la tarde del mismo día en que la recibió, supose en Peterhof que la familia real había sido detenida y conducida nuevamente a París. «No tuve mas

(8) En una conversación con una princesa alemana que vivía en París, habló Grimm del interés que la emperatriz Catalina se tomaba por la suerte de la real pareja. María Antonieta suplicó a Grimm que le hiciera un extracto de los párrafos de las cartas de Catalina que a ella se referían: Grimm empleó en este trabajo tres noches. *Ilustración de la Sociedad histórica*, II, 346-348.

que un momento de alegría,» escribía al príncipe de Nassau-Siegen, hablando de aquel suceso. La tentativa de fuga de Luis XVI habíase llevado a cabo en cierto modo con el auxilio ruso; pues la baronesa Korff, hija de un banquero de San Petersburgo, que tomó parte en el viaje, se proporcionó, por medio del embajador ruso Simolin, un pase para ella, para su familia (los hijos del rey) y para su séquito (Luis XVI y María Antonieta) (1).

Catalina seguía esperando que sobrevendría una reacción, y que «la Revolución se rompería la crisma;» compadecía cada vez más a la real pareja y decía que ni Carlos I de Inglaterra había «sufrido tanta vergüenza» como Luis XVI y María Antonieta. Todos los «movimientos populares,» añadía, le inspiraban odio. Continuamente profetizaba un terrible castigo, la aparición de un Gengis Khan que hiciera entrar en razón a los franceses; por lo demás, no desdeñaba esta misión y decía que 20,000 cosacos bastarían para barrer el camino de París a Estrasburgo (2). Este lenguaje era el mismo que se oyó en la campaña de la Champagne del otoño de 1792. En Viena y en Berlín alimentábanse las mismas ilusiones; pero Catalina juzgó rectamente al ejército alemán, un año antes del cañoneo de Valmy, como lo demuestra la siguiente observación que entonces hizo: «Hace muchos años que sé que un ejército compuesto de las tropas de los príncipes del imperio, no vale nada.»

Catalina sintió profundamente que Luis XVI aceptara la Constitución que se le impuso y decía en tono de burla: «Un rey prisionero ha de proceder por fuerza mal, pues por lo mismo que está preso es un malhechor; la cárcel no es el lugar mas a propósito para los reyes que hacen en ella muy mala figura.» La emperatriz mostrábase indignada por la «condescendencia del rey.» ¿Cómo puede prestarse auxilio, decía, a un rey que tan poco conoce sus propios intereses? Impacientábase y calificaba de desleal la conducta de Luis, citando los versos:

«Renoncer aux dieux que l'on croit dans son cœur  
C'est le crime d'un lâche, et non pas une erreur.»

«Renunciar a los dioses en quienes de buena fe se cree  
Es crimen de un cobarde, nunca un error.»

Con su conducta, decía, se ha puesto ahora al frente de los demoleedores (3).

Cuando tuvo, en 10 de agosto, noticia de la suspensión del rey, cuando supo que éste y su familia habían sido encerrados en el Temple, dijo: «Esto es horrible.» Siguió luego el proceso y la ejecución del monarca, y al tener conocimiento de su muerte, se sintió tan profundamente afligida, que enfermó y tuvo que guardar cama. Entonces alentó la esperanza de que Inglaterra aniquilaría a Francia y con este motivo decía: «Es preciso exterminar hasta el nombre de los franceses,» y añadió después: «La igualdad es un monstruo que quiere ser rey.»

Hasta nosotros han llegado multitud de expresiones relativas a la caída de la monarquía que emitió Catalina, la cual además escribió, en aquel tiempo, algunas Memorias políticas sobre la situación, entre ellas un dictamen fechado en 4 de diciembre de 1791, en el cual hace observar que no había que temer nada de Francia, pues dentro de poco volvería a restablecer la monarquía, y otro de fecha posterior en que se

(1) Acerca de la participación de la Korff, véase mi trabajo apoyado en documentos, en el *Archivo ruso*, 1866, págs. 800-816.

(2) Véanse las muchas observaciones sacadas del Diario de Chrapowitsky y de otros en mi trabajo «Catalina II y la Revolución francesa» inserto en la *Revista rusa*, tomo III: véanse una porción de citas de las cartas dirigidas a Grimm, en la *Revista rusa*, XVI, 496.

(3) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 560.

afirmaba que ni la preponderancia de Luis XIV había sido tan peligrosa para Europa como aquella república. En las Memorias de Gribowsky se reproduce la siguiente observación de la emperatriz sobre el peligro que desde Francia amenazaba: «No hemos de permitir que el buen rey sea víctima de los bárbaros. La debilitación del poder monárquico en Francia pone a todos los monarcas en peligro. ¿No deben, pues, todos los soberanos de Europa apresurarse a prestar auxilio a un rey encarcelado y a su familia? La anarquía es la peor de las calamidades, especialmente cuando aparece bajo la máscara de la libertad, de esa creación imaginaria que fascina a los pueblos. La Europa pronto caerá en un estado de barbarie si no se apresura a libertarse de esa anarquía. Yo por mi parte estoy dispuesta a contribuir a ello con todas mis fuerzas: ya es tiempo de obrar, de acudir a las armas para refrenar esos accesos de locura: así lo exigen la religión, la humanidad y los sagrados derechos de Europa» (4).

Después de haber conversado, durante una tarde en Zarskoje Sselo, acerca de la revolución, escribió una Memoria en la cual demostraba el peligro que amenazaba de parte de Francia. La anarquía en un Estado no ha dejado nunca de ser peligrosa para los vecinos, porque empobrece a los pueblos y éstos, sumidos en la miseria, se encuentran siempre dispuestos a pelear. Los pueblos ricos, por el contrario, desean la paz. Además, un pueblo materialmente arruinado, si tiene un gobierno fuerte, puede buscar en la guerra la satisfacción de su afán de botín y cometer, por tanto, contra otros pueblos una serie de crueldades, etc. (5).

Catalina sostenía relaciones con los realistas, algunos de los cuales huyeron a Rusia, donde encontraron excelente acogida. Entre estos se contaron Sénac de Meilhan, Saint Priest, Esterhazy y otros. Así N. Rumjanzoff como el príncipe de Nassau-Siegen estaban en relaciones con los emigrados del Rhin y les socorrian pecuniariamente. La emperatriz, después de fracasada la fuga de los reyes, recibió una carta de Bouillé que había trabajado en tal empresa, carta en la cual le explicaba las principales causas del fracaso. Catalina se ofreció a auxiliarle, y se aplicó el nombre de *madame la Ressource*. Los jacobinos la amenazaron con darle la muerte, a lo cual ella contestó que tenía muchas ganas de darles de latigazos y palos. Una de las cosas que mas profundamente la afectaban era que se dijese que Voltaire había predicado los principales principios de la revolución. Volviendo a la cuestión de la relación estrecha que entre la literatura culta y la revolución existía, decía que los filósofos franceses habían incurrido en el error de creer al pueblo dotado de un buen corazón y de una voluntad justa, cuando «los procuradores, los abogados y todos los criminales» ocultaban bajo la capa de los principios de aquellos filósofos los mas abominables crímenes: se había creído conseguir la libertad y la nación gemía bajo la mas horrible tiranía: solo la peste y el hambre podrían hacer entrar en razón a los franceses. La emperatriz continuaba profetizando la aparición de un dictador: en febrero de 1794 escribía: «Si Francia logra salir felizmente de esa situación, se sentirá con mas fuerzas que antes y será tan obediente y mansa como un cordero; mas para esto se necesita un hombre hábil, valiente, superior a sus contemporáneos y a su siglo. ¿Existe este? ¿Aparecerá pronto? De esto depende todo.»

Catalina no debía alcanzar la época de Napoleón, que correspondía al retrato de aquel salvador: en cambio sobrevivió a la paz de Basilea, a consecuencia de la cual se mostró mas

(4) *Memorias de Gribowsky*, pág. 54-55.

(5) *Archivo ruso*, 1865, pág. 1,282-84.